

—DEL TRABAJO LITERARIO *

He aquí, sin duda, el tema sobre el que se han escrito más tonterías, y, lo que es peor, inútiles. En las declaraciones de los hombres de letras con respecto a este asunto, fácil sería deducir lo que corresponda a la vanidad ("que je n'ai demeuré qu'un quart d'heure à le faire"), pero es más difícil descontar lo que deba atribuirse a la falsa modestia. Quejarse de la memoria no es sólo una manera indirecta de hacer resaltar el propio discernimiento. Autores que creo sinceros, como Montaigne y Stendhal, se quejan también. La facilidad que procura una buena memoria, el uso que de ella se hace, crean una necesidad, y esta necesidad se torna sensible únicamente durante las ausencias de esa misma memoria.

Otra forma de falsa modestia, que no sólo ha sido declarada, sino también practicada, confiesa exclusivamente el trabajo encarnizado, para atribuir a la energía del autor lo que quita a los dones naturales. Ahora bien, la destreza literaria mal se aviene con un número excesivo de horas de faena. Buscar una expresión certera, que no dependa de un concepto sino de una cantidad de recuerdos tenues y de impresiones finas, con los cuales es preciso concertarla, es tarea que requiere una cabeza muy fresca. No se tira sin apuntar; pero si se pretende apuntar más de un minuto, antes de disparar el tiro la mira se enturbia y el blanco baila. Así con las palabras. Aunque parezca paradoja, el exceso de trabajo produce, con frecuencia, resultados románticos. Quien escribe una página con intención de modificarla luego completamente, no llega a conseguirlo. Este primer esbozo, el único que puede arrancarse de la vivacidad del espíritu, no se rehace. Nuestro escritor destripa-terrones sólo podrá ensayar sus retoques sobre simples detalles. Agregará lo que puede agregarse: concisión, y está bien (1); epítetos, y está mal. Con más frecuencia añadirá metáforas, en las que reside, según parece creerse desde hace cincuenta años, lo esencial del estilo. Así se obtienen las *Salammbo*. Pero hoy las cartas de Flaubert nos resultan mejores que sus libros. Descontemos por adelantado los folletones, que pueden fabricarse sin poner en ellos nada propio: todo escritor que se

* M. Jean Prévost cuenta entre los más distinguidos colaboradores de "La Nouvelle Revue Française". En público ya internacional conoce ventajosamente sus relatos novelescos y sus ensayos críticos. Sus observaciones sobre la destreza literaria — de las que dan nuestra las líneas que traducimos para VERBUM — halláanse condensadas en ingeniosa síntesis en su *Traité du débutant* (Paris, Hazan, 1929).

(1) Sí, así digo: agregar concisión.

aburrió escribiendo, aburre. El que ha sudado sobre una página corre el riesgo de hacer sudar a otro. Lo esencial de un estilo es su movimiento. El movimiento se logra o no se logra, pero no se rehace.

Los que pueden componer de memoria son más dichosos. No sufren el enervamiento de los dedos sobre las tachaduras; se pasean, juegan, cantan mientras trabajan, y no experimentan el fastidio que fluye del cuerpo. Sólo la poesía, que es más amiga de la memoria, puede ser extremadamente trabajada sin fastidio; el ritmo aporta aquí gran parte del movimiento.

Aun tratándose de una obra a la que se consagra entera atención, difícilmente se consigue trabajar para ella dos o tres horas por día, y ni siquiera es posible trabajar así todos los días. No pretendemos con esto reducir al escritor a una relativa ociosidad; pensamos que el escritor debe, durante todo el tiempo que su cabeza guste estar atareada, ocuparse en otras cosas que no sea la realización inmediata de sus obras. Todos los que han practicado deportes difíciles como el box, saben que se entrenarían mal con una práctica continua o no haciendo otra cosa que no sea practicar. Es preciso que el entrenamiento se diferencie del deporte y sea más amplio que él: que todo el hombre se beneficie; solamente sobre la base de ejercicios generales podrán los ejercicios especializados llegar a su perfección. El trabajo de escribir es tarea mucho más especializada que cualquier otro ejercicio. ¿Por qué entonces querer cumplir cada día y todo el día lo que no puede ser sino vuestra mejor performance? Para lograr la plena belleza de una obra, no es, pues, a la obra a lo que es preciso consagrarse exclusivamente, es a uno mismo. Este método, por otra parte, es el más seguro. Porque si por acaso nuestras obras no fuesen del todo excelentes, o no estuviesen destinadas al éxito en el transcurso de nuestra vida, aún lo compensaríamos con habernos mejorado a nosotros mismos.

En cuanto a este entrenamiento, toda la vida cotidiana puede servirlo: todo depende de la actitud del espíritu que desea instruirse. Pero no instruirse según los libros. Si este trabajo pudiese definirse, yo diría que consiste, ante todo, en evitar la rutina. Pero esta determinación nos empuja hacia dos direcciones diferentes, que señalan los dos aspectos de un escritor, a un mismo tiempo pensador y artista. Como hombre pensante, es preciso concertar cada nueva experiencia con el conjunto de nuestras ideas; como artista se debe intentar la pintura de cada acontecimiento y de cada objeto de tal suerte que se transforme en algo único, y para siempre.

Entre los trabajos que ayudan a escribir, de ordinario sólo se tiene en cuenta la lectura, que es el más fácil y el más perezoso. La traducción aporta muy diversa ventaja. La mayoría de las plumas nitidas, flexibles y elegantes del último siglo han traducido mucho. No todos, como el gran Stendhal, para incorporar calladamente sus traducciones en el texto de sus obras, sino simplemente para ejercitarse. Merimée aprendió el ruso con el único objeto de traducirlo. Sainte-Beuve sólo traducía los clásicos. Goethe ha traducido mucho, todos los grandes clásicos han traducido mucho. Esta suerte de trabajos, si se los encara desde el punto de vista desde donde es preciso encararlos, pueden mejorar el espíritu. De buena gana envidiamos, como vigoroso ejercicio, aquel de los salones maravillosamente cultos y de gusto

exigente, donde los escritores del antiguo régimen debían mostrar todo su ingenio. Envidiamos la flexibilidad, la variedad que daban a Goethe sus pláticas sobre mil asuntos con Eckermann y tantos otros. Pero hasta un pobre periodista, que se cree agobiado, agotado por su tarea, encontraría en la traducción, si se lo propusiese, el mismo género de ejercicios y la misma suerte de dificultades que ofrecen las conversaciones refinadas.

JEAN PRÉVOST.

(Trad. de A. J. B.)

—EVOLUCION LINGÜISTICA Y CORRECCION IDIOMÁTICA

Aunque las páginas que señalamos (1) no pasan, según la evpresa declaración del autor, de previas apuntaciones para un futuro tratado filológico de índole elemental, bien vale la pena reseñarlas, ya que por su método y excelente doctrina resultan casi insólitas, por lo menos aquí entre nosotros donde estos estudios siguen, con apenas excepciones, entre añejas retóricas y gramatiquerías inútiles.

El profesor Henríquez Ureña, siempre tan seguro en su información y en sus juicios, caracteriza la indagación sistemática del lenguaje como ciencia de campo ya acotado que, apoyándose en la psicología y en las disciplinas sociales, al tiempo que auxiliada por la biología y la física, ha logrado, sorteando enconadas divergencias teóricas, fijar sus principios, establecer su técnica y presentir sus leyes.

Buen conocedor de las ventajas de una terminología precisa, luego de asentir el alcance de estas investigaciones, aclara la más adecuada significación que deba atribuirse a los vocablos *Lingüística* y *Filología*, con los que, en forma tan fluctuante y a menudo equívoca, suele designarse los sectores más considerables de los mencionados estudios. Contrariando el uso hasta no hace mucho tradicional y tan confusamente lato de uno y otro vocablo, aplica el primero a la metódica dilucidación de las cuestiones generales del lenguaje, y reserva el segundo para denominar, en área más restringida, el conocimiento histórico de las lenguas y el sistema de interpretación de los textos literarios. Esta diferenciación, de la que ya hay tantos indicios en las postrimerías del siglo pasado, viene beneficiándose desde entonces con la adhesión de autores franceses, belgas e italianos, como Meillet, Saussure, Vendryes, Bertoni, Bartoli, etc., y aun con la venia de tratadistas alemanes, entre los que destacan Brugmann, Schuchardt, Steintal, Vossler y otros, quienes si bien rehuyen la catadura en exceso románica del vocablo *Linguistik*, son siempre accesibles al reiterado empleo de *Sprachwissenschaft* — ciencia del lenguaje —, su explicativo equivalente germánico.

En lo que toca a la gramática aisladamente considerada, entiende Henríquez Ureña que no hay desventaja grande en admitir — al modo de Bello y según la vieja costumbre — su faz meramente normativa, siempre que no se olvide que por rara incongruencia histórica la práctica no ha

(1) PEDRO HENRÍQUEZ, *El lenguaje*, Tirada aparte de *Humanidades*, XXI.